

EDITORIAL

Michel Foucault como resistencia dialéctica

Michel Foucault as Dialectical Resistance

EN LOS ÚLTIMOS ENCUENTROS entre la teoría de la sociedad vigilante y la ciencia dialéctica, se ha hecho patente que no cabe encaje entre ellas de ningún tipo. En este sentido, tanto la ciencia progresista como la conservadora se enorgullecen de usar la dialéctica como su herramienta; casi como un utensilio divino, entendido en el más puro sentido del *logos* de los aqueos, para sus avances, correrías o asaltos cotidianos. La mayoría han encontrado en la dialéctica una varita mágica del saber. Un instrumento sordo a muchas cosas, lo que es para ellos una virtud, que además les es muy comfortable en su profesión de vida ya que es tan aplicable al campo de la estrategia militar como al de la economía, las ciencias de la naturaleza o las humanidades.

Para llegar a enarbolar esa dialéctica arrasadora e incontestable, se ha hecho necesario todo un camino previo de anulación y deterioro de los componentes armónicos del pensar. Si había que ser aristotélicos, se rebanaban algunos puntos del pensamiento del macedonio que molestaban a la hora de alinearle en la gesta científica; si, llegado el caso, era necesario desmontar religiones, se procedía a ello, aunque fuera de una forma contradictoria pues se hacía con una rígida piedad atea.

En la academia actual la abrumadora mayoría de los académicos aceptan la dialéctica, una manera de pensar que siempre está en formación de combate, como herramienta maravillosa del saber.

La implantación de esa dialéctica hipertrofiada se ha hecho sobre la cancelación, la ruina, como si de una Ilión/Troya se tratara, de la retórica. Los pasos han estado firmemente ejecutados por maestros católicos, calvinistas, ateos e incluso pensadores judíos asimilados.

Un esfuerzo estratégico ha sido enfilear esa dialéctica suprema contra algunos pensadores magistrales insubordinados. Se trata de creadores avanzados que

se sienten ajenos al laberinto en el que, de una forma u otra, habita la cultura historicista. Un ámbito enrevesado que engloba la ciencia, el saber filosófico y el control de la vida pública planetaria.

De este modo ciertos pensadores inquietantes como Aristarco de Samos (310-230 a. e. c.), Nicolás Copérnico (1473-1543), Charles Darwin (1809-1882) o Sigmund Freud (1856-1939) han sido incorporados también a esa gran parada ordenada que es la historia de la ciencia, de las ideas o del mundo. Digamos de paso que esos historiadores oficiales son los que precisamente usan como criterio su *bisherige* o “hasta la fecha” y aherrajan dentro de un desfile tanto la gracia del pensar como la creatividad de hombres y mujeres libres.

INQUIETUD

Tradicionalmente, al criticar en público esa sociedad de la dialéctica suprema, de la vigilia perpetua, resultaba habitual que se encontrasen algunas caras sorprendidas, en buena medida inquietas, por la fuerza y novedad de los argumentos. En la expresión del auditorio aparecían gestos de fascinación o sorpresa. Tras acabar la charla o conferencia, con frecuencia los asistentes se acercaban después a la mesa del conferenciante, a veces en secreto para que no les vieran sus mentores si es que estaban presentes, para agradecer al maestro o maestra el aire fresco de lo que acababa de decir. Para esas personas equivalía a salir de un espacio agobiante. Un recinto casi blindado, repleto de las mismas respiraciones, intercambiadas una y otra vez entre los bronquios de esos esclavos felices que pueblan los gabinetes y las aulas.

Pues bien, recientemente, al menos para el que esto suscribe, se están dando algunos cambios importantes en la defensa y afirmación de la ortodoxia dialéctica. La ingenuidad que, sorprendida sin vestir aún, reaccionaba antaño con interés y agradecimiento ante nuestras críticas, se halla ahora pertrechada para resistir. Tiene nuevos argumentos. Ante la invitación razonada para que se tome conciencia de lo lesivo de una *sociedad vigilante*, los auditorios, cada vez más nerviosos y avisados, nos ponen delante lo que podemos llamar el dique dialéctico de Michel Foucault (1926-1984). Bien es cierto que esto se hace cada vez con más dudas y confusión. Porque el problema central sigue creciendo y sin resolver, ya que la realidad de la sociedad vigilante, más allá de las ideologías, se ha mundializado y con muestras preocupantes de irse transformando lentamente en una sociedad gansteril.

La cuestión es que cuando, liberados de las ideologías románticas, se analiza hoy la entidad de la sociedad vigilante, parte del público ahora levanta el

brazo, lo agita y se arrima más tarde al ponente para asegurarle que allí están de acuerdo con lo expuesto. Aseguran que en aquel foro también ya lo han asumido y así lo entienden. Claro que, se apresuran a añadir, ellos lo asimilan a lo ya expuesto hace unos años por Paul-Michel Foucault. Identifican lo que acaban de oír al conferenciante con lo que ellos ya han fichado y clasificado con el tejuelo del pensador francés. Lo que uno les ha ofrecido en esa presentación está muy bien, pero en realidad no es nada nuevo, ya estaba dicho, reconocido en la historia de la ciencia y clasificado. Suelen añadir como coda que ellos y sus maestros siempre han aplaudido la idea de Foucault de la importancia de la vigilancia y el castigo en la plasmación del poder en la vida de los indefensos individuos. Así pues, todo en orden y a trabajar juntos en equipo.

Si esto trae consigo que ahora la filosofía y la ciencia política escolásticas admiten a Foucault como un gran pensador, ¡y su obra como una gran contribución!, no hay nada que objetar. Sin embargo, algunos empezamos a tener la impresión de que aquí se esconde algo más. Y que toda esta reacción no deja de ser una estrategia de repliegue bastante militar, una actitud de ceder en lo que haga falta con tal de no perder lo que, para la actividad científica de corte autoritario, se podría llamar el poder sobre “el derecho a existir” y cuyo registro civil son las vetustas *historias de las ideas* al uso. El mismo derecho que, llevado a un extremo, los miembros de la Camorra napolitana parecen sentirse capacitados para otorgar a los comerciantes del barrio que aspiran a establecerse con duración y dignidad.

LETARGIA

Es importante aclarar que la táctica de recibir las reflexiones sobre la sociedad vigilante con halagos, reconocimientos e inmediata equiparación con la sociedad vigilante de Foucault, hoy resulta incongruente. Se queda suspendida en el aire, y sin poder avanzar porque no hace pie, al aclarárseles que la vigilancia de la que estamos hablando no tiene nada que ver con la visión administrativa y policiaca de muchos pensadores del Estado gótico, y a la que, bien es cierto, combatía Foucault.

Lo que a nosotros nos interesa en el estudio de la sociedad vigilante es una vigilia más realista que no tiene nada que ver tampoco con la *aletheia* que tanto fascinó a Martin Heidegger (1889-1976). Vigilia que, en realidad, es el *complemento necesario de la letargia*. Una letargia —recuérdese el Leteo, río del olvido, uno de los ríos del Hades griego que transcurría en torno a la cueva oscura de Hypnos, gemelo de Tanatos— que es parte de la vida y no únicamente el tiempo de dormir o de la actividad onírica.

La ciencia de los dialécticos, obligada a tener que extenderse para no perder su abarcamiento asfixiante, ha admitido la aparición de términos como subconsciente, inconsciente (*das Unbewusstsein*), surrealismo, realismo mágico, imaginario colectivo, inteligencia emocional u otros. Lo que desde luego no se permite, y bajo ningún concepto, es que ni la dialéctica, ni el escenario corpóreo de la vida, ni el blindaje de los componentes ejecutivos de la existencia sean desmontados: el yo nunca debe perder la soberanía sobre el *self*.

Está en juego el rechazo último que esos hiper-dialécticos modernos, que llegan incluso a pensar de forma dialógica —¡hay que atreverse para llegar a decir a eso!—, proyectan contra lo que consideran que es perder su idea matriz de que *la vida es una lucha perpetua*. Tal idea se mantiene de manera inamovible. Y, si es preciso, se iría a una guerra de exterminio intelectual, parecida a la que se monta en la *Iliada*, mediante una coalición gigante contra el gran peligro asiático a exterminar.

Nos acuden a la mente los increíbles versos del poeta:

¡Ay, Guadalquivir!
 Vienen de los remotos
 países de la pena.
 Guadalquivir abierto.
 Y van a un laberinto¹.

Pero queda la letargia. Todos esos fragmentos de la vida en los que no rige el principio de identidad, como muy bien vio Sigmund Freud, aun cuando él no llegara a desarrollar las consecuencias sociales y, sobre todo políticas, de ese hallazgo.

JAVIER ROIZ

¹ Federico GARCÍA LORCA, “Poema de la saeta”, en *Poema del cante jondo* (1921).